



PAX CHRISTI

Queridos hermanos,

Junto con desearles que se encuentren bien y gozando de los frutos espirituales en esta Pascua 2023, quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones que me suscita el texto evangélico de la liturgia del día de Pascua, Juan 20,1-9, el cual nos presenta la experiencia de la resurrección.

El descubrimiento del sepulcro vacío lleva a María Magdalena a dar la noticia a Pedro y al discípulo amado: éste, entrando en el sepulcro, "*vio y creyó*". Es el comienzo de la fe pascual. A partir de aquel primer día de la semana, la resurrección de Jesús se convierte también en un evento de palabra, de anuncio, aún más, se convierte en la palabra por excelencia que la Iglesia está llamada a anunciar y testimoniar.

Me llama la atención el verbo "*correr*", que ve a María, Pedro y Juan involucrados en un juego de equipo, como en las carreras de postas o relevos. Una carrera que deja ver, en los primeros testigos que se precipitaron hacia el sepulcro vacío, la dimensión emotiva de la relación con aquel Jesús, que habían reconocido como su Señor y por el cual lo habían dejado todo. María Magdalena, devastada ante la piedra retirada del sepulcro, corre casi movida por el terror de que haya sucedido algo irremediable: María teme no poder ver y tocar el cuerpo de su Señor, teme haber perdido todo punto visible de contacto con su ser querido, incluso el último, caracterizado por una lápida, un espacio básico en donde sea posible evocar recuerdos y afectos. María corre y se dirige inmediatamente, instintivamente, a Pedro y al discípulo amado, puntos de referencia para el grupo de los discípulos.

Ambos discípulos, por su parte, corren, un correr que habla de ansiedad, deseo, voluntad de no perder el tiempo o tal vez miedo de que ya sea demasiado tarde. El discípulo amado corre más rápido que Pedro, casi infringiendo las reglas del grupo. Sin embargo, llegando al sepulcro, Juan espera a Pedro y deja que sea él a entrar primero, respetando así el primado establecido por el Señor. La emotividad y afectividad experimentada en María (que corre hacia los dos discípulos) y del discípulo amado (que espera a Pedro, dejándolo entrar primero) están orientados y sometidos a la realidad comunitaria. Sin embargo, para orientar la emotividad y la afectividad hacia la fe plena, servirá aún la comprensión de las Escrituras y la fe en ellas, pues son los inevitables fundamentos que dotan de veracidad la fe pascual y de la vida eclesial.

Creo que todo esto nos lleva a reflexionar que la apostolicidad es la disponibilidad a correr en la búsqueda del Señor. Esta se convierte en anuncio, como sucede en el episodio evangélico, cuando en el pleno dominio de sí realiza el camino o la carrera sinodal, en el respeto de los roles que expresan la objetividad comunitaria. En cuanto fruto del Espíritu de Cristo, la Orden no es un grupo de beisbolistas, un grupo de amigos, ni mucho menos un grupo de colegas en competencia o lo que es peor en ¡constante oposición! Somos una familia de discípulos, una porción de la Iglesia del Resucitado, originada y unida por Él. Por lo tanto, el movimiento pascual descrito por el Evangelio es un paradigma de nuestra vida y da sentido a la renovación de los votos que realizamos en ese solemne día.

Pero existe otro tesoro que hemos de recibir. En el texto aún no está el anuncio pascual, por el contrario, lo que María Magdalena corre a decir a los dos discípulos es: "*Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto*". María, desconcertada por el miedo y el

desánimo, asume que el cuerpo de Jesús ha sido robado y su preocupación se centra en el "dónde" se encuentra ahora el cuerpo. María pretende encontrar al Señor donde ella se lo espera, no es capaz de buscarlo donde Él quiere ser encontrado. En cambio, es necesario buscar al ausente, ver lo invisible, encontrar al que no tiene un lugar identificable: estos son los elementos que incluso hoy caracterizan la búsqueda del Señor, se ha de evitar la presunción de saber con certeza en dónde está Cristo, en dónde se lo debe buscar y en dónde no. El relato evangélico muestra, pues, el desarrollo de la fe pascual presentando su momento inicial, el encenderse de una chispa que más tarde se convertirá en un incendio.

El itinerario interior que conducirá al grito y al anuncio "*Ha resucitado*" pasa por toma de conciencia de las evidencias de la muerte : es necesario entrar en el oscuro sepulcro de los lutos, separaciones, abandonos, fin de las relaciones y amistades... el no comunicar, el egoísta cerrarse, la arrogancia, el abuso, la violencia, la manipulación, la indiferencia, para poder llegar a la luz de una fe -aquella cristiana- que no es la simple confianza en la vida, sino la certeza de que la vida nace de la muerte gracias al poder del amor de Cristo. Ella [la fe] nos permite entrar en las situaciones de muerte mirando más allá de la muerte y experimentando la resurrección, es decir, amando o buscando amar como amó Cristo y, sobre todo, creyendo en su amor hacia nosotros.

Se trata de realizar este camino comunitario y personal, desde las tinieblas a la luz increada del Resucitado. Sí, estamos en el "*primer*" día de la semana, pero aún no ha amanecido, estamos, como María Magdalena, todavía en la oscuridad. Tres discípulos, tres reacciones diferentes ante el sepulcro vacío, entre ellas la fe inicial del discípulo amado que, viendo las vendas por el suelo y entrando en el sepulcro vacío, "*creyó*" (Jn 20, 8), o más bien, "*comenzó creer*", porque "*no habían comprendido que, según la Escritura, él debía resucitar de entre los muertos*" (Jn 20,9). Los hechos van puestos junto a las palabras de la Escritura e iluminados por ellas: sólo entonces darán vida a la fe pascual. Fe que encontrará su plenitud con el don del Espíritu que ilumina las mentes, abriéndolas a la comprensión de las Escrituras, a la comprensión del evento de la resurrección, acontecimiento inaudito, impensable y desconcertante. Es el *novum* que Dios crea en el mundo. Los discípulos no están preparados para el evento de la resurrección y se les hace difícil acceder a la revelación. Sólo el discípulo amado, precisamente por el íntimo misterio de amor que lo une a Jesús, comienza a intuir y a dar espacio en su alma a la novedad realizada por Dios.

Por consiguiente, estamos invitados, ayer como hoy, en plena docilidad al Espíritu Santo, a poner la comprensión de las Escrituras, el estudio y la meditación comunitaria de la Palabra como fundamento de nuestra vida común; sean la piedra angular de cada día, para alcanzar una vida de resucitados en Cristo.

Demos gracias a Dios por el amor derramado en Cristo en nuestros corazones que nos lleva a reconocerlo y seguirlo para ser sus testigos. Agradezcámoslo en el don de la profesión solemne en Chile y Colombia de los Clérigos Will Rivera y John Jairo Pino, en el don del ministerio ordenado en el grado del diaconado al Clérigo Antony Jose Vivek.

Que María, primicia del Resucitado, nos obtenga las gracias necesarias para realizar juntos un camino de fe cada vez más luminoso y apostólico.

Santiago de Chile, 2 de abril de 2023.

Domingo de Ramos

Paternalmente

P. Antonio Luigi Piccolo
Rector General OMD